

en la formulación de un discurso emancipatorio e igualitario, es aún mucho más perverso, pues se sustenta lisa y llanamente en el odio. Nosotros, los intelectuales, tenemos la obligación de reaccionar. El tiempo ha llegado en el que nuestras estrategias teóricas son irrelevantes si no logramos poner en el centro de la escena la verdad de los problemas que nos aquejan. Uno de estos problemas consiste justamente en la incapacidad para comunicar las conquistas que supimos conseguir.

Qué? hacer



Nosotros, los intelectuales, tenemos la obligación de reaccionar.

Un intelectual danés del siglo XIX, preocupado por la comunicación de la verdad, signada por el cristianismo, elaboró una estrategia de comunicación que merece ser reconsiderada ya que logró comprender el núcleo duro de la ideología reinante en cuestiones de convencimiento, cuestiones sensibles a la hora de defender las democracias latinoamericanas. Según su entender, para poder convencer al otro de que habita en el error es imperante hacer uso del discurso indirecto. ¿Cuáles son los lineamientos generales de este tipo de discurso? Mientras que las operaciones de la matemática y los planteos de la metafísica pueden ser transmitidos a todos y todas del mismo modo, pues refieren a la transmisión de un “saber”, cuando se trata de transmitir cuestiones de orden ético-religioso, –yo agregaría en la actualidad a las cuestiones que involucran el convencimiento político-ideológico–, no es posible recurrir al método directo, pues de este modo estamos condenados al fracaso. El único modo de incidir en el otro de modo tal que pueda considerar por sí mismo si acaso está en el error, no es la confrontación entre la verdad y la mentira sino la persuasión que le permita analizar el posible engaño del que es o ha sido presa.

La estrategia de la persuasión exige conocer y hablar el lenguaje del otro. Este principio básico de la comunicación persuasiva ha sido completamente ignorado por nosotros, los intelectuales, que solamente hablamos entre nosotros y para nosotros. En este contexto, no podremos progresar en la asunción de un discurso emancipatorio si no logramos vaciar la lógica identitaria de nuestros discursos. Las palabras constituyen horizontes de sentido y nombran nuevas realidades si son pronunciadas de manera convincente. Y el modo más convincente de hablar es inevitablemente la acción. Nuestros actos nos harán libres o cómplices de la desintegración moral y política del avance de las derechas en el continente.

Notas breves sobre la pregunta ¿qué hacer? en tanto filósofos

PAULA HUNZIKER

I

Elías Canetti recuerda el escrito de un autor anónimo, fechado una semana antes del estallido de la Segunda Guerra: 23 de agosto de 1939. El texto dice lo siguiente: “Ya no hay nada que hacer. Pero si de verdad fuera escritor, debería poder impedir la guerra”. Detrás de esta frase imposible, el escritor encuentra una fuerza por “lo general débil”, pero que a veces también destroza “la voluntad de responsabilizarse por todo cuanto admita una formulación verbal y de expiar incluso sus posibles fallos”.¹

Espero no ser acusada de un moralismo ingenuo, o al menos no con equivocadas razones, si digo que creo que nuestra tarea, o una de las tareas importantes que tenemos, en tanto filósofos, es la de resistir a la enorme tentación que nos ofrecen los diversos modos de “olvido”, disponibles e imperantes, de esa responsabilidad que incomoda nuestra escritura y nuestro “derecho a escribir”. No es el objetivo de esta breve reflexión una crítica de los modos en que hemos sido tomados por el género “informes”, o alguna de sus variedades, que ocupan de una manera irritante nuestras vidas en la universidad: estos textos están explícitamente dirigidos a “nadie”. Me refiero, más bien, a lo que escribimos “en tanto filósofos”, para alguien: nuestros pares, nuestras instituciones, nuestra universidad, nuestros amigos, nosotros mismos, el pueblo al que pertenecemos o al que pretendemos pertenecer.

Me hago eco, en este punto, del llamado socrático a la “segunda navegación”: escribimos porque nuestro trabajo es escribir –es efectivamente un trabajo, como bien señala la anterior editorial de *Ideas*–, pero

¹ Canetti, E., *La Conciencia de las Palabras*, México, Fondo de Cultura, 1976, p. 351.

ello no soluciona, o no responde, al problema del sentido de nuestra escritura. Me gustaría, en especial, pensar este asunto junto con otro. Pertenezco a una generación que entró en la universidad en la década de los noventa del siglo pasado: con mis compañeros estudiantes fuimos testigos y actores, como parte del autogobierno de la universidad, de procesos ambivalentes de “democratización” en los que nuestros profesores trataron de lidiar con los imperativos de la “modernización” y de la profesionalización de las carreras de filosofía: así, junto con las disputas por el presupuesto, contra las lógicas privatistas que se dieron en el marco de esa época, encontramos la consolidación de grupos de trabajo, el fortalecimiento de la investigación como parte de la tarea docente, la especialización de las áreas de la filosofía y, además, la burocratización creciente de nuestra tarea. También pertenezco a una generación que –ya ejerciendo propiamente una profesión– una década después asistió a un enorme florecimiento del presupuesto para las universidades y para el sistema de Ciencia y Técnica. Y muchos de nosotros fuimos, además, entusiastas defensores de pensar ese florecimiento en el marco de lo que denominamos “derecho de universidad”, o “derecho a la educación superior”.

así, junto con las disputas por el presupuesto, contra las lógicas privatistas que se dieron en el marco de esa época, encontramos la consolidación de grupos de trabajo, el fortalecimiento de la investigación como parte de la tarea docente, la especialización de las áreas de la filosofía y, además, la burocratización creciente de nuestra tarea. También pertenezco a una generación que –ya ejerciendo propiamente una profesión– una década después asistió a un enorme florecimiento del presupuesto para las universidades y para el sistema de Ciencia y Técnica. Y muchos de nosotros fuimos, además, entusiastas defensores de pensar ese florecimiento en el marco de lo que denominamos “derecho de universidad”, o “derecho a la educación superior”.

Descontando el hecho evidente de que el presente gobierno en nuestro país se haya podido dar el lujo de eliminar de su vocabulario –de su discurso– la palabra “derechos”, apuntando quizás con ello a un aspecto que el proyecto que encarna no puede resignificar en el marco de sus categorías –como ha hecho con otras, ante nuestras narices: revolución, alegría, cordobazo, cuidado, proyecto–, me hago una serie de preguntas sobre nosotros, sobre el modo en que estuvimos a la altura, y si volveremos a estarlo, de eso que pensamos como “derecho de universidad”, de la mano, entre otros, de Eduardo Rinesi, de Carolina Scotto, de Diego Tatián.

Releyendo lo que escribimos en esos años, creo que una de las cosas más interesantes que sugiere la idea de un “derecho de universidad”, es que en ella está involucrada la postulación de un derecho de la comunidad a la que pertenecemos –de nuestro pueblo– a participar del conocimiento que se gesta y se produce en las universidades.

¿Qué hacer



Es fundamental cultivar en sí mismo un sano escepticismo, aliado con la crítica casi siempre justa de la vida popular respecto de la filosofía y su “inutilidad”.

¿Hemos tenido los suficientes debates sobre qué significa esa “participación” en términos de un derecho al conocimiento y no sólo a sus productos? ¿No nos comportamos como esos teóricos del “derrame económico” que tanto criticamos, pensando en la extensión de nuestro conocimiento por medio de la así denominada “divulgación”? ¿No cabe al menos una reflexión sobre los modos en que escribimos y sobre el derecho de nuestra comunidad a “ser parte” de eso que escribimos?

No se entienda que nos conmino al trabajo militante en las villas, en los barrios, en las comunidades, que tampoco estaría mal, al menos como señalamiento ético de lo que no somos como filósofs, de todo lo que nos falta de manera esencial en tanto “meros filósofs”. Es fundamental cultivar en sí mismo un sano escepticismo, aliado con la crítica casi siempre justa de la vida popular respecto de la filosofía y su “inutilidad”. No me refiero a los tecnócratas, por supuesto, sino a la demanda de todos aquellos que sufren y a nuestra incapacidad para lidiar con tal sufrimiento.

Pero, además de eso, además de la necesidad de ese sano humor popular que nos invita a decir que somos “intelectuales” casi como en un susurro, y a no decirlo tanto –al decir de Horacio González–, menos por el temor a la risa de la joven Tracia ante Tales cayendo al pozo, que por una complicidad secreta con ella: ¿Qué sentido tiene nuestro trabajo con los conceptos, la labor de viejo topo de la crítica? ¿Se ve afectado ese trabajo, y de qué modo, por la idea del “derecho de universidad”?

Entiendo que este proyecto nos desafió y nos desafía de una manera radical: nos conmina a una atención dedicada, paciente, hacia todo aquello que “no es concepto”. No porque tengamos que “rebajarnos” al mundo de los que no pueden “pensar”, sino porque todos podemos pensar, y porque el pensamiento es algo más que el conjunto de los conceptos y sus reglas. Estar atento, escuchar el pensamiento en acto por el que cada ser, cada colectivo, se revuelve ante la injusticia con una invocación, que es una interpelación.

Basta recordar el lamento de Antígona:

Y ahora me lleva, tras cogermme en sus manos, sin lecho nupcial, sin canto de bodas, sin haber tomado parte en el matrimonio ni en la crianza de hijos, sino que, de este modo, abandonada por los amigos, infeliz me dirijo viva hacia los sepulcros de los muertos.

¿Qué derecho de los dioses he transgredido?²

Antígona, que es Irma Fuentes, militante popular, presa política durante la dictadura:

Todo ese atropello sin piedad, esa tristeza, esa impotencia sin límites me alteraba, me quitaba el sueño por la noche, era sólo pensar en toda esa realidad que sin querer me preguntaba a menudo, ¿me matará a mí también? [...] ¿Me volveré loca? ¿Volveré a ver a mis hijos? ¿Qué será de mí?³

¿Qué hacer



Lejos de un entusiasmo ingenuo por una pluralidad armónica, hacer lugar a las metamorfosis es ser capaz de contener una “guerra”, albergar un caos.

Irma Fuentes, o, también, la “Carta para lo que pienso” de Elsa, presa del Penal de Bouwer fallecida hace unos días en circunstancias que deberán esclarecerse:

Soy una mujer, y como mujer que soy, todo lo que tengo lo conseguí con mucha lucha y sacrificio / Los trabajos que tuve los conseguí/golpeando puertas y pidiendo por favor, y / conformándome con el sueldo que me daban / Si era joven, porque era joven / hoy por ser vieja es lo mismo / Sólo tengo voluntad y ganas de trabajar, y tener un sueldo digno / para poder ayudar a mi familia / Que este gobierno nos respete / si nosotras somos personas, y por ser / mujeres tenemos los mismos derechos / [...] Mi sueño sería que mis hijas y nietas / o cualquier persona o personita no pase lo mismo / Desde ya, gracias a las personas que lean mi carta / o que piensen como yo.⁴

II

Retomando un poco la cita con la que empezamos, entiendo que la “vida de los conceptos” se juega en esas interpelaciones, y en la capacidad de los que escriben de “oír”, y luego de responder, a esa interpelación. Por ello, una de las mayores inquietudes que me suscita la

² Sófocles, *Antígona*, 915. En *Tragedias*, Madrid, Gredos, 2006, p. 111.

³ Fuentes, I., “2625 días prohibidos”, en Valdemarca, L. (edit.), *Irma Fuentes. Presa Política. 2625 días prohibidos*, Córdoba, Grupo Editor, 2017, p. 76.

⁴ Elsa, “Carta para lo que pienso”, en *Boletín de la Facultad de Filosofía y Humanidades*, Universidad Nacional de Córdoba, marzo de 2019: <https://ffyh.unc.edu.ar/noticias/02/2019/elsa-y-las-mujeres-privadas-de-libertad-nosotras-somos-personas/>

actual configuración de nuestra “carrera académica” es el perfil de los actuales estudiantes investigadores: ¿Cómo formar a estudiantes de filosofía que sean sensibles a esa escucha y a su cultivo?

Vuelvo obsesivamente a ese texto de Canetti, porque me atrae su insistencia de pensar la vida del espíritu como fundada en la atención, la habilitación y el cuidado de las “metamorfosis”. Para poder escribir, y tener derecho a hacerlo, es necesario familiarizarse con la “herencia literaria de la humanidad, que abunda en metamorfosis”. Pero también, “en un mundo consagrado al rendimiento y a la especialización”, el escritor debe “mantener abiertos los canales de comunicación entre los hombres [...], ser capaz de metamorfosearse en cualquier ser, incluso el más ínfimo, el más ingenuo o impotente”. Abrirse, en el sentido específico de dejar sitio en nuestro interior a aquello que nos es extraño: al saber, a la experiencia, a la existencia del otro. Lejos de un entusiasmo ingenuo por una pluralidad armónica, hacer lugar a las metamorfosis es ser capaz de contener una “guerra”, albergar un caos. No obstante, si el escritor lleva un caos de elementos contrapuestos y en litigio, se siente “responsable de dicho caos, no lo aprueba [...] y no pierde la esperanza de superarlo tanto por él como por los demás”.⁵

III

Es frecuente que, como generación, siempre volvamos a nuestra experiencia fundacional universitaria como estudiantes, en los noventa. Es menos frecuente pensarnos en relación con otras experiencias históricas que complejizan todo lo que imaginamos y defendimos con la idea de un “derecho de universidad”. Para mí, al menos, hay dos muy significativas.

Somos los que fuimos niños durante los años setenta. Esto es: somos los que vivimos de manera inmediata el terror de la desaparición que habita nuestros sueños; también nuestra vigilia: los cuentos de Mariana Enríquez me dan miedo como si todo fuera verdad, como si el vecino tuviera encadenado en el patio de al lado a un ser monstruoso que sólo nosotros vemos. También vivimos de manera muy precaria nuestra relación con la dimensión pública

⁵ Canetti, E., *ibidem*.

de las instituciones: como si estuvieran habitadas, también, por patios monstruosos. No obstante, al menos en mi caso, la entrada en la universidad significó la posibilidad de otra relación con ese mundo habitado por espectros privados. No creo equivocarme si digo que, desde entonces, la universidad ha sido “mi casa”: un lugar de reconocimiento, de comunidad, un lugar en el que vivir, según el lindísimo llamado de Deodoro a “irse a vivir a la universidad”.

¿Qué hacer?



¿Qué de la “especialización” creciente en nuestros campos se está convirtiendo en algo nocivo para la formación de nuestros estudiantes y de nosotros mismos?

Somos, además, los hijos putativos de los padres y las madres fundadoras de nuestra democracia universitaria. Fuimos testigos de una inmensa tarea de reconstrucción democrática que los necesitó como héroes de “una sola pieza” ante un terreno de escombros en términos institucionales y académicos: concursar las plantas docentes, armar nuevos planes de estudio de las Carreras de Filosofía, crear nuevas materias, tener el coraje de dejar atrás otras, imaginar la figura del docente-investigador, etc. Pienso que algo de ese impulso original es hoy necesario para animarnos a plantear algunas preguntas que, intuyo, no nos hicimos ni siquiera durante esa entusiasta primera década del siglo veintiuno; por decir algunas: ¿Qué de la “especialización” creciente en nuestros campos se está convirtiendo en algo nocivo para la formación de nuestros estudiantes y de nosotros mismos?

¿Cómo podemos articular de otra manera lo que estudiamos y lo que enseñamos para hacer lugar, en ambos campos, a esa tarea de “abrir canales de comunicación”, entre los saberes, entre las generaciones (sólo como ejemplo: crear talleres de lectura sin más, conversatorios, promover una reflexión y, en especial, una práctica extensionista que nos haga más sensibles a la vida de los conceptos, a todo aquello que en esa vida nos reclama como filósofxs, publicar libros colectivos tanto como artículos de revistas, festejar con alegría genuina lo que nuestros colegas publican leyéndolos)? ¿Es nuestra tarea, verdaderamente, recibir a estudiantes en filosofía para decirles que así son las cosas en la vida académica, publicar o morir, cuestionar toda nota inferior a nueve puntos, ser indiferentes a los que “no llegan”, a los que “fracasan”? En suma: entiendo que sería muy importante para nosotros volver a discutir

el proyecto de una “democratización de la filosofía” y su significado, en el horizonte mayor de una democratización de la universidad como lugar de estudio, de conocimiento, de escritura.

Al plantear estas preguntas me digo a mí misma, como en un diálogo imaginario con todo lo que somos, como una “carta para lo que pienso”, al decir de Elsa, que no todo cuestionamiento de los modos presentes de producir conocimiento es “oscurantista”, ni “demagógico”, ni “ingenuo”. Nada de esto, entiendo, puede atribuirse a la idea *democrática* de un “derecho de universidad”. Además: estando tantas cosas tan lejos de nuestra injerencia, es una pena que justo aquí, en nuestra casa, en nuestras Facultades de Humanidades, donde hemos sido agentes de transformaciones no imaginadas, debamos sucumbir al peso de lo que es, en tanto que es.